

CUESTIONES EPISTÉMICAS DERIVADAS DEL ANÁLISIS DE LAS IMPLICACIONES EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Epistemic issues derived from the analysis of implications in social psychology

Roberto Manero Brito

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco¹

Citación: Manero B., R. (2020). Cuestiones epistémicas derivadas del análisis de las implicaciones en la psicología social. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 2(2), 297-313.

Artículo recibido el 3 de diciembre de 2019 y aceptado el 2 de marzo de 2020.

RESUMEN

En este artículo se plantea, en primer lugar, una síntesis sobre la noción de análisis. A continuación, se desarrolla la crítica de la epistemología, en tanto resultado de una fragmentación del acto de investigación. Posteriormente, se explican algunas de las consecuencias para la investigación sobre la imposibilidad de distinguir claramente el sujeto y el objeto de investigación. La cuestión de un aparataje de observación en las ciencias sociales, que también es indeterminado, obliga a plantearse un proceso de análisis y elucidación no solo del objeto, sino que el análisis también alcanza al sujeto, que no conoce plenamente los intersticios de su propio aparataje de observación. Por último, se establece que el análisis de las implicaciones puede tener sentido en el contexto de la transformación de la relación entre el conocimiento y la sociedad en su conjunto, en tanto análisis institucional de la institución científica.

Indicadores: *Epistemología; Análisis institucional; Análisis de las implicaciones; Concepto de análisis; Filosofía de la ciencia.*

ABSTRACT

In this article, first, a synthesis about the notion of analysis is presented. Next, the critique of epistemology is developed, as a result of a fragmentation of the act of investigation. Subsequently, some of the consequences for the investigation of the approaches around the impossibility of clearly distinguishing the subject and the object of investigation are developed. The question of an observation apparatus in the social sciences which is also undetermined forces us to consider a process of analysis and elucidation not only of the object, but that the analysis also reaches the subject, who does not fully know the interstices of his/her own observational apparatus. Finally, it is established that the analysis of the implications may be felt in the context of the transformation of the relationship between knowledge and society as a whole, as an institutional analysis of the scientific institution.

Keywords: *Epistemology; Institutional analysis; Analysis of the implications; Concept of analysis; Philosophy of science.*

¹ Departamento de Educación y Comunicación, Calzada del Hueso 1100, Col. Villa Quietud, Coyoacán, 04960 Ciudad de México, México, tel. (55)54 83 70 80, correo electrónico: mabr3005@correo.xoc.uam.mx.

INTRODUCCIÓN

Se pretende profundizar en algunas cuestiones epistémicas derivadas del análisis de las implicaciones. En la medida en que el análisis institucional (corriente sociológica que ha desarrollado la temática del análisis de las implicaciones) fue elaborado en América Latina por grupos de profesionales e investigadores ligados con el psicoanálisis y la psicología, sobre todo, el análisis de las implicaciones ha sido confundido frecuentemente con una versión del análisis de la contratransferencia aplicado a los procesos de investigación².

En América Latina se reproduce un equívoco en relación con el análisis de las implicaciones. Por un lado, como ya se decía, sería una especie de análisis contratransferencial ampliado, dirigido sobre todo a la relación afectiva y a la transferencia existente entre el investigador y su objeto; pero la noción de implicación se ha confundido con un acendrado compromiso ideológico y militante, o bien con una situación apremiante que no permite tomar distancia para la observación del objeto de investigación. En ambos casos, podría hablarse de la noción de *sobreimplicación*, que denota la imposibilidad de analizar las propias implicaciones.

En algunos lugares ya se ha expuesto esa problemática (Manero, 1996, 1997). Se han distinguido las implicaciones primarias y secundarias, las nociones de campo de implicación y la idea de algunas dimensiones analíticas, así como las implicaciones epistemológicas, psicológicas, sociológicas, antropológicas y otras. De lo anterior se ha desprendido un proyecto: el planteamiento castoridiano alrededor de la posibilidad de transformar la relación entre los miembros de la sociedad y la ciencia, que podría circular, entre otras posibilidades, a través de una

transformación del proceso de producción de conocimientos, es decir, de una transformación radical de las formas de hacer ciencia.

El análisis de las implicaciones no es un añadido, un plus más o menos autobiográfico y reflexivo al final de un reporte o de un artículo de investigación, sino la posibilidad de recuperar, por una parte, los fragmentos de los procesos de investigación –procesos atomizados en diferentes partes y momentos por la institución científica–, y por otra parte útiles para atender a los analizadores que surjan respecto de los aspectos ignorados, pasados por alto o no suficientemente considerados en torno al proceso de construcción del conocimiento, en sus consecuencias lógicas, éticas o de aquellas opciones que son responsabilidad del investigador; eso es un reto inmediato, sobre todo para los investigadores de ciencias sociales y, específicamente, de la psicología social.

Aquí se plantea, en primer lugar, una síntesis sobre la noción de análisis, en la que se establece que éste no debe confundirse con el resultado de la elaboración del analista, sino que es, básicamente, el resultado de un acontecimiento analítico, capaz de resignificar y reformular la problemática que trata. Enseguida, se desarrolla la crítica de la epistemología, en tanto resultado de una fragmentación del acto de investigación. Se considera que, en un primer momento, la investigación debería plantearse como un acto pleno, capaz de incorporar en sí misma la reflexión sobre los modos de hacer ciencia y las características del conocimiento que produce; los planteamientos epistemológicos que derivan del análisis de las implicaciones se desarrollan en torno a algunos elementos de la obra de John Dewey y de Jacques Ardoino, la idea de objetos involucrados, plegados, implicados, se confronta a la cosa en sí, a la idea clásica de que los objetos responden a leyes de la naturaleza, leyes que deben

² Esta temática fue desarrollada sobre todo por George Devereux (1983).

descubrirse. En un segundo momento se amplían algunas de las consecuencias para la investigación, de los planteamientos sobre la imposibilidad de distinguir claramente el sujeto y el objeto de investigación. La cuestión de un aparataje de observación en las ciencias sociales, que también es indeterminado, obliga a plantearse un proceso de análisis y elucidación no sólo del objeto, sino también del sujeto, que no conoce plenamente los intersticios de su propio aparataje de observación. Por último, se establece que el análisis de las implicaciones puede tener sentido en el contexto de la transformación de la relación entre el conocimiento y la sociedad en su conjunto, en tanto análisis de la institución científica.

Análisis y creación

¿Por qué intentar analizar nuestras implicaciones?, ¿qué son esas implicaciones?, ¿se debería comenzar intentando definir el objeto de esta comunicación?

Analizar es un procedimiento normal en la ciencia y en toda disciplina que pretenda elaborar conocimientos científicos. Desde el inicio del proyecto de construcción de un conocimiento racional, que no derivara de la revelación teológica, el problema del análisis ha sido central; sin embargo, la lógica y la dinámica del concepto han recorrido ya un largo camino.

No se intenta hacer aquí una larga historización de dicha noción, ni tampoco es este el espacio para desarrollar cabalmente su génesis teórica, baste por lo pronto situar algunos puntos de referencia que permitan argumentar más adelante algunas posiciones en torno al análisis de las implicaciones³.

En principio, el proyecto de conocimiento que se inaugura en la modernidad, que de alguna manera toma el nombre de

uno de sus precursores más destacados, Galileo Galilei, suponía la posibilidad de generar un conocimiento que no estuviera atado a las interpretaciones escolásticas de la Biblia y, con ello, a la idea de una verdad revelada. Por el contrario, el conocimiento debía construirse a partir de la observación cuidadosa de la naturaleza⁴ y su representación racional en las teorías, en el mundo de las ideas. La representación, por consiguiente, debería ser isomorfa a la realidad del Universo y de sus objetos.

Según el planteamiento castoridiano, había dos características ligadas y centrales en dicho proyecto: la separación del sujeto y del objeto, a partir de la constitución de un objeto como un proceso en sí, independiente del sujeto, y por otra parte el ideal de plantearse el conocimiento como la constitución de un objeto coherente, compuesto por diferentes conjuntos que se ensamblan entre sí (Castoriadis, 1978), idea vecina a la de *transparencia*, desarrollada por Ardoino (1993); parte de aquí la idea de un dominio racional que debería presidir al conocimiento científico. Pronto ese dominio racional permitió separar el proceso de conocimiento en sus aspectos objetivos y subjetivos, la ciencia objetiva se fue constituyendo a partir de la exclusión de los elementos subjetivos presentes en el proceso de conocimiento. A estos aspectos objetivos se les dotó de verdad y de una dinámica independientes del sujeto cognoscente. Por su parte, la idea del conocimiento como un ensamble o conjunto coherente, articulado y organizado

³ En relación al concepto de *análisis* y de *analizador*, puede consultarse a Manero (2015, 2018).

⁴ En este planteamiento opera ya una división y una exclusión entre lo que es propio de la naturaleza, que será objeto de las ciencias “duras” o exactas, y lo que no es naturaleza, es decir, lo humano, que entonces suponía la gracia y la presencia de lo sagrado como alma y como esencia. Nótese que también en este punto opera una construcción social de lo que es considerado naturaleza, versus la obra humana o, en todo caso, más tarde, lo que es llamado la cultura.

de saberes claramente delimitados, era también parte constitutiva del proyecto galileano; de ahí la creencia de llegar a la idea última, a una última ecuación que fuese capaz de contener todo el saber universal.

Esas ideas estallaron en la ciencia moderna a principios del siglo pasado. La imposibilidad de concebir el conocimiento como un proceso que se atiene estrictamente al objeto, que no tiene historicidad y que devela verdades ocultas en el objeto, que es capaz de construir representaciones isomorfas a la realidad, se constituyó como un postulado central en la ciencia contemporánea. La historicidad de la ciencia, su falseabilidad, el efecto observador o el principio de indeterminación, la inclusión del observador y su aparataje de observación como un elemento central en la construcción de las observaciones y del conocimiento, hicieron estallar las frágiles fronteras entre la objetividad científica y la subjetividad construidas por el proyecto galileano.

Asimismo, la incertidumbre se constituyó en el centro de cualquier construcción científica, dando al traste con la armadura categorial de la ciencia y, tal como lo plantea Castoriadis (1975), reenviando permanentemente al científico a una interrogación filosófica.

Entonces, la paradoja es doble:

[...] la ideología cientista triunfa en la sociedad y se apropia de ella en el momento mismo en el que comienza a desvanecerse en su patria de origen, y donde, para los científicos mismos, se vuelve manifiesta la muerte de la ciencia, tal como el Occidente la soñó desde 1600 y casi creyó realizada hacia 1900: la ciencia galileana (Castoriadis, 1978)⁵.

En las ciencias sociales pronto fue clara la imposibilidad de construir conoci-

miento abstrayendo al sujeto que lo produce; asimismo, establecer una idea de transparencia del objeto como finalidad última del saber fue generando una singularidad respecto a las ciencias exactas. En vez de producir un efecto de armado y desarmado imaginario del objeto, como proceso de conocimiento, la tradición hermenéutica se constituyó como base del proceso de conocimiento de las ciencias antropológicas (Ardoino, 1993).

Es en este punto en el que el concepto de análisis sufre una inflexión importante. En principio, la palabra *análisis*, según indica su etimología, designaba un proceso de división de lo complejo en las unidades más simples que lo componen. Conocer dichas unidades simples articuladas en un objeto complejo era el proceso de conocimiento, que partía de la descomposición y que después elaboraba una síntesis. Después, este concepto designó las operaciones de constitución del conocimiento a través de procedimientos fundamentalmente hermenéuticos⁶. Las características de imposibilidad de despliegue o explicación del objeto, sin perder sus características esenciales, es lo que justifica el procedimiento hermenéutico, interpretativo; en adelante, la palabra *análisis* designaría procedimientos de este tipo.

En el contexto del análisis institucional, la problemática del análisis y el sujeto analítico son centrales en su constitución como disciplina científica, así como en su propio proyecto.

Con Guattari (1976), el análisis es el producto del juego entre analizador y analista, pero un juego en el que el conocimiento es significado y sintetizado por el propio analista. Éste es el que produce saberes a partir de la actividad instituyente del analizador (Manero, 1992). Ya

⁶ La hermenéutica clásica se constituía como un procedimiento interpretativo que incluía la *exégesis*, el *comentario* y la *glosa* en la constitución del saber.

⁵ Trad. del autor.

ha quedado rebasada la concepción física del analizador (por ejemplo, el cristal, como analizador de la luz, descompone la luz blanca en las diferentes longitudes de onda que la constituyen, lo que se observa como una descomposición en colores), así como de su concepción biológica (el ejemplo que retoman Lapassade [1979] y Hess [1979] es el de los sentidos en el planteamiento de Pavlov; para este autor, hay un aparato analizador de los estímulos exteriores que los convierte en percepción. Para Castoriadis [1978], esto mostraría que la percepción no es una forma pasiva sino una actividad constructiva del mundo del individuo). En el planteamiento de Guattari (1976), el analizador surge a partir de unas vacuolas institucionales, formaciones espontáneas, acontecimientos analíticos que posteriormente denominaría “grupos sujeto o agenciamientos colectivos de enunciación”. Así, el análisis aparece ya como una resignificación de lo existente a partir de la colocación del grupo sujeto o del agenciamiento colectivo de enunciación. Esa resignificación, sin embargo, deberá ser codificada por el analista. El análisis, al final, será ese análisis especializado que se produce en la interacción del analizador y el analista⁷ (Manero, 2018).

Lapassade critica la concepción de Guattari, sin mencionarla, al oponer analizador y analista. Si el analizador producía análisis, salvaje, inopinado, el analista debería contenerlo, sujetarlo, codificarlo en un lenguaje “analítico” o “científico”. La ciencia se constituiría como negación del análisis salvaje que le da origen; se tendrían aquí los prolegómenos de la categoría socioanalítica de efecto de Lukács.

⁷ Hay un gran debate entre Lapassade y Tosquelles al respecto, así como entre Guattari y Basaglia. Este último criticaba la utilización de técnicas como el electroshock y el “chaleco” químico. Guattari lo justificaba. En última instancia, la coexistencia de los analizadores “salvajes” deberían ser recodificados o sobrecodificados por el analista (Manero, 1992).

La perspectiva del análisis institucional socioanalítico conlleva este concepto de análisis, es decir, la elucidación y la resignificación como acontecimientos del plano de los procesos institucionales. Así, los analizadores aparecen como el resultado de la acción anti o contrainstitucional de los desviantes: ideológicos, libidinales y organizacionales; no debería confundirse al analizador como un sujeto o una persona. El análisis es un acontecimiento y un enunciado más o menos fugaz; la misma persona que puede enunciar un elemento analítico o resignificar un elemento del conjunto institucional puede negar dicho análisis en un momento posterior.

Sin embargo, la acepción más atrevida del planteamiento socioanalítico del análisis tiene que ver con el proceso instituyente. Los analizadores no develan o revelan nada que esté “ya ahí”. La formulación tardía de una teoría del analizador (que no podría ser otra cosa que una teoría del análisis) propone que el analizador, al resignificar, opera una construcción: es un acto de creación de vínculos y de un mundo social. El analizador no “descubre” nada: propone otro mundo, crea posibilidades y temporalidades que no pueden ser otra cosa que la expresión del proceso instituyente de la sociedad. Luego entonces, el análisis se produce como expresión de la creación de lo social como efecto de la actividad instituyente, de la deslocalización del enunciado, de la deconstrucción del mundo instituido que es creación instituyente del mundo tal cual; dicho de otra manera, la sociedad se produce y crea a través de la acción de sus analizadores.

Así, el estatuto del análisis cambia radicalmente. El problema ya no se encuentra en la producción especializada de la ciencia o en el conocimiento, sino más bien en la producción social y colectiva de saberes y conocimientos en actos

de creación. El análisis sería, entonces, condición y efecto de esta acción.

La crítica de la epistemología

La epistemología es un tratado o un razonamiento sobre la ciencia, una rama de la filosofía que tiene por objeto los principios, fundamentos, extensión y métodos del conocimiento humano.

Esta primera definición de epistemología ya presenta algunos problemas, el primero se refiere a la cuestión del objeto. Es como si la epistemología pudiera recortar un objeto (principios, fundamentos, extensión y métodos del conocimiento) haciendo abstracción de los métodos y los procedimientos a través de los cuales la propia ciencia conoce la realidad que pretende estudiar; en la definición misma de la disciplina se hallan elementos de lo que se denomina *análisis de las implicaciones*.

Una idea vigente en el análisis del conocimiento es aquella que plantea que existe una cuestión irreductible en la separación entre el objeto y el sujeto de conocimiento, es el fundamento del conocimiento objetivo, así como de las primeras concepciones del análisis como procedimiento científico. Separar al objeto del sujeto, al objeto del contexto, y dividir al objeto en sus partes más simples, es el núcleo que fundamentó los desarrollos de la ciencia moderna. Evidentemente, esta simplificación fue criticada desde diversos frentes y campos disciplinarios; sin embargo, se constituyó como un núcleo duro de la significación del método científico y de los procedimientos para distinguir la verdad del universo cognoscible.

El doctor Francisco Osorio, epistemólogo chileno, plantea que un punto de partida para el análisis epistemológico es la constatación de que hay actualmente en las ciencias sociales, sobre todo en América Latina, una serie de palabras estigma. Así, positivismo, conductismo o

intervención, no designan tendencias o procedimientos, sino que se les valora llanamente como algo indeseable. Entre los filósofos posestructuralistas, posmarxistas y demás, hablar de positivismo es casi como hablar del demonio, y hablar del conductismo es peor; entre los trabajadores sociales, hablar de intervención es también algo horrendo.

Anota Osorio (2007):

Espero haber ejemplificado una mala práctica entre nosotros, consistente en desprestigiar teorías solo porque alguien nos dijo que ya están superadas. Cuando alguien dice que las teorías están superadas, esa afirmación contiene detrás un modelo acumulativo de cómo progresa la ciencia, esto es, una teoría parte y mejora una teoría anterior, superándola. Personalmente, creo que la epistemología latinoamericana puede explicarse mejor a través de la propuesta de Thomas Kuhn y [de] todos los refinamientos posteriores que han realizado los filósofos a ese modelo, esto es, que nuestras ciencias sociales no son acumulativas, sino que dan saltos y entre sí son inconmensurables. Mi propuesta –añade– es que, entre nosotros, ninguna teoría ha superado a la otra, sino que tenemos una plétora de modelos en competencia: una diversidad epistemológica (p. 9).

La idea de “superación” en las ciencias o las disciplinas, efectivamente, está poco arraigada en la realidad. La realidad científica es que hay una enorme diversidad de escuelas y que todas llevan a cabo desarrollos desde sus propias perspectivas. Algunas se constituyen como escuelas o tendencias dominantes y ejercen su dominio en múltiples dimensiones: su extensión, su difusión, su acceso a financiamientos públicos o privados. No obstante, ello no significa que hayan logrado mejores resultados, o que sus plantea-

mientos sean superiores a los de otras escuelas. En nuestra realidad, como lo plantea Osorio, lo que tenemos es una diversidad que, de cierta manera, funciona como una especie de “caja de herramientas” foucaultiana.

Ahora bien, el análisis epistemológico muestra que la construcción del conocimiento no se efectúa sólo desde las ideas del sujeto-investigador; más bien, el investigador y su contexto se constituyen como un aparataje de observación que determina o establece los límites de lo observable y lo concebible. Por ello, la diversidad de escuelas de pensamiento se encuentra subtendida por el dominio de estrategias institucionales en las que predomina una concepción de la universidad, del instituto, del saber y de las formas en las que éste puede ser aprovechado, medido y controlado; esto es, la institución científica.

Pero, ¿existe la posibilidad de abordar de manera crítica un objeto, en un contexto en el cual se está determinando a partir de concepciones que operan en sentido contrario a la crítica que se pretende ejercer? Hay, en el contexto institucional, una concepción, una teoría o serie de teorías que sustentan la ideología y la organización en una institución. En general⁸, el contexto institucional que subtiende la producción científica —especialmente en las ciencias sociales— es contradictorio al proyecto que anima a buena parte de los investigadores que llevan a cabo dicha producción. Dicho de otra manera, en ocasiones no es la letra ni el mensaje de una comunicación científica lo que es comunicado, o bien, lo que se comunica en realidad es el complejo entramado de objetos y relaciones institucionales desde los cuales se producen

dichos discursos y narrativas. No es lo mismo publicar en una revista científica que en una publicación experimental de algún grupo vanguardista; si bien las palabras pueden ser las mismas, el significado varía enormemente.

Ahora bien, el contexto institucional opera determinando y sobredeterminando el sentido mismo de la producción del investigador, especialista o intelectual⁹, esta es precisamente la idea del análisis de las implicaciones. La enunciación desde un sistema observador-observado, desde un aparataje de observación, supone el análisis de dicho aparataje para comprender el sentido de lo enunciado. El análisis de las implicaciones no se puede entender como un apartado piadoso que acompañe al texto científico, es su contraparte, su *mise en abyme*¹⁰, la posibilidad de presentar simultáneamente el producto de la indagación y el proceso a través del cual esa indagación es posible.

⁹ Lo anterior es mostrado en los análisis diarísticos elaborados por Lourau (1989). Es el caso, por ejemplo, de Condominas, cuyos trabajos en Vietnam, más allá de sus intenciones, preludiaban la intervención francesa y norteamericana. Asimismo, López Rivas (2014) denuncia las nuevas formas de una antropología militarizada.

¹⁰ La *mise en abyme* se estableció como una forma literaria en la que se desplazó una técnica de la heráldica. *Abyme* se puede traducir como *abismo*, y deriva de la práctica de poner en el fondo elementos de un escudo o blasón dentro de otro escudo. “Esta forma de construcción artística fue elevada a categoría de concepto en los apuntes de André Gide (1951); a él se debe que este término se haya acuñado. En su diario, al hablar de los cuadros de Quentin Massys, de Memling, y luego del famoso cuadro de Velázquez, *Las Meninas*, pasando por Hamlet y Wilhelm Meister, Gide compara ese procedimiento con “el procedimiento heráldico consistente en colocar, dentro del primero, un segundo en *abyme* (abismado, en abismo)” (Dällenbach, 1991); el caso de la pintura flamenca es el más explícito: incluir en el cuadro un espejo que refleja el resto del cuadro o incluso una realidad detrás del cuadro, como en el caso de *Las Meninas*, en que el espejo del fondo refleja al propio pintor. La técnica del “abismamiento” o “puesta en abismo” causa un efecto “especular” en la obra de arte, y lleva a pensar en una realidad autónoma del objeto artístico, tan real que incluso puede reflejar dentro de sí lo que lo rodea. André Gide estudió esta forma de

⁸ Esta generalización ocurre en contextos en los cuales los aparatos institucionales (incluyendo las instituciones de investigación y de educación superior) están organizados según perspectivas muy lejanas al pensamiento crítico.

Por ello, tampoco es un apartado metodológico o una especie de disección de las prácticas sociales que derivan en una producción científica, es, literalmente, el correlato de dicha producción.

Dewey y el análisis de las implicaciones

Es en este punto en el que se puede aquilatar la aportación de John Dewey (1967) a esta cuestión. En su teoría de la indagación planteaba que la investigación se lleva a cabo a través de un proceso de inferencias, esto es, que se infiere un cierto tipo de explicaciones a partir de los fenómenos de la realidad; desde el punto de vista del análisis de las implicaciones, lo interesante es que los desarrollos que realizó Dewey sobre los procesos de inferencia a partir de una serie de proposiciones llevan a Lourau (1994) a plantear la idea de una doble implicación.

Por un lado, las proposiciones genéricas nacen de la aproximación de dos o varias proposiciones existenciales, a esta aproximación o movimiento se le denomina *inferencia*, pero la actividad de inferir depende de proposiciones universales, no existenciales, que son del orden del discurso, del razonamiento: “Todos los razonamientos del mundo no pueden hacer nada más que desarrollar una proposición universal: no pueden por ellos mismos determinar los objetos factuales” (pp. Lourau, 1994: 26-27). Es necesario que opere primero una inferencia, la cual consiste en “sacar las consecuencias” de un encadenamiento de hechos, de una

concantenación (como diría Spinoza), de una “conexión”, como lo dice a veces Dewey, llegando en ocasiones a considerar ese término como sinónimo de uno de los modos de la implicación: la implicación material (Lourau, 1994).

Se subraya aquí la idea de un “encadenamiento de hechos”, de “sacar las consecuencias”. La inferencia aparecería como la posibilidad de desarrollar lo que ya se encuentra ahí, pero aún no desarrollado, involucionado. Lourau (1994) continúa: “En efecto, a la inferencia corresponde la implicación material, como al discurso racional la implicación formal” (p. 27); sin embargo, quizá lo más interesante en este planteamiento es la idea de que la realidad, tal como se presenta, es una realidad “implicada”, envuelta.

La implicación material, según Dewey, supondría una idea en la cual la realidad no se nos presenta tal cual es, sino como algo aún no desarrollado. La inferencia, por otro lado, está condicionada por una conexión existencial que podría llamarse involución o implicación material.

Los problemas de la inferencia concierne al descubrimiento de la naturaleza de las condiciones materialmente implicadas y de la manera en la que están materialmente implicadas [...] La consideración esencial es que la relación es una relación estrictamente existencial: depende, en último análisis, de la estructura bruta de las cosas (Dewey, 1967; cfr. Lourau, 1994, pp. 27 y 31).

composición para llevarla a la práctica novelística. Su proyecto principal –que ya lo había practicado en *Les cahiers d'André Walter* y en *La tentative amoureuse-fue Les faux-monnayeurs* (Los monederos falsos). La idea era conseguir un efecto especular introduciendo, como en la heráldica, “el blasón dentro del blasón” (Dällenbach, 1991). Si se leen con detenimiento las páginas en que Gide explica su proyecto y la novela misma, es posible percatarse de que su intención no solo era estética –es decir, no se conformaba con emplear una técnica novelística–, sino que quería decir con ello algo

muy concreto de nuestra realidad (Redacción de Tierra Adentro y Merlin, 2016).

También se constituyó como una técnica teatral que fue magistralmente trabajada por Bertolt Brecht. Se trataba de quitar el telón y las “piernas” del escenario, de manera que el público pudiera observar “esa otra escena” de la producción teatral: cómo se maquillaban y cambiaban vestuario los actores, las indicaciones del director, etc., de esta manera la representación se desarrollaba en dos escenarios: la obra tal cual fue escrita y la escena de su producción.

La lógica planteada por Dewey admite, entonces, una ontología, una forma de ser de la realidad, de los entes. La realidad es una realidad *implicada*; existen resonancias interesantes en el pensamiento de Jacques Ardoino.

Para Dewey, hay un principio que permite pensar que la lógica no es una fuerza trascendente en el acto de investigar, es el principio de continuidad. Cuando Dewey habla sobre el proceso autocorrector de la investigación, dice que ese proceso «no es posible más que en la medida en la que el principio de continuidad rige la naturaleza, por tanto la experiencia humana, toda situación de investigación y “la investigación de la investigación”, que es la reconstrucción permanente de las reglas lógicas» (Lourau, 1994, p. 33).

Uno de los aspectos en los que se puede apreciar la importancia del principio de continuidad en Dewey es precisamente la epistemología. Señala Lourau (1994):

La cuestión fundamental –y la más simple de arreglar (Dewey tiene una pequeña faceta “sobredotada”, como Auguste Comte)– es la de la epistemología. Está políticamente despedida como disciplina parásita. ¿Por qué? Porque el trabajo de investigación comprende naturalmente la reflexión sobre las consecuencias de lo que se hace, porque la investigación es una experiencia social total, y sería inocente confiar a un más allá y a un más tarde, a especialistas del servicio post-venta, el cuidado de llevar a cabo una reflexión sobre la acción de la que es inseparable (pp. 33-34)¹¹.

Ardoino y las ciencias de la implicación

Los planteamientos de Jacques Ardoino (1993) coinciden en la posibilidad de en-

tender el problema del análisis de las implicaciones a partir de la concepción de la sociedad y del quehacer investigativo. El análisis de las implicaciones no es un apartado, una especie de corolario de la investigación, es, por el contrario, un componente y un sustrato de la investigación misma.

La propuesta de Ardoino sobre el análisis multirreferencial entraña algunas consideraciones sobre el quehacer de la ciencia y los procesos de conocimiento, especialmente en las ciencias sociales y humanas o, como él mismo apunta siguiendo a Morin, las ciencias “antroposociales”. Para Ardoino (1993), una de las finalidades que inspiró el proyecto científico fue la búsqueda de la transparencia; habría que tornar la opacidad de los objetos en una transparencia mediante el conocimiento científico.

El proceso de las ciencias positivas recorta de forma efectiva lo real y construye, literalmente, los hechos, las leyes y las teorías. Su apuesta es siempre la de la descomposición (que es la etimología del término análisis), de la división, de la investigación de elementos cada vez más simples, cada vez más fundamentales, cuya acumulación, más aún que su combinación, da justamente como resultado las propiedades del conjunto. Hay que notar, de paso, que la representación del proceso científico en términos de afinamientos –si no es que de *raffinages* (reafinamientos)¹² progresivos hasta encontrar lo simple–, es concebido como esencial, porque lo elemental alcanza al fantasma de la pureza que se encuentra en todas las culturas. Mitos y religión ubican la pureza o el estado de inocencia en los orígenes, es el tema de la edad de oro o del paraíso perdido. Ahora, la “religión de los hechos” conserva de cierta manera esta nostalgia en el corazón mismo de su racio-

¹¹ Lourau (1994), en un pie de página, insiste en que Popper va en el mismo sentido. Popper (1981) sugiere que la crítica de la ciencia se debe formular en el contexto de descubrimiento mismo, y que la epistemología

no puede ser “extrínseca” al acto de investigación, sino que es constitutiva del mismo (p. 34).

¹² *Raffinages*: idea de purificación y al mismo tiempo de adquirir un estado refinado.

nalidad. Para esta cosmogonía, Dios, que lo sabe todo, creó inicialmente el mundo, enseguida los hombres se interrogan. El descubrimiento, por su etimología propia, aún muy cerca del develamiento, supone precisamente la puesta al día de alguna cosa “oculta”, allá, preexistente, a la cual solo se puede acceder obstinada, parsimoniosamente, poco a poco, por fragmentos. En este andar de lo no conocido o de lo desconocido hacia lo conocido, del no saber hacia el saber, todo ocurre como si la empresa científica quisiera, por sus esclarecimientos, disipar la penumbra, la imagen del ciclo perpetuamente renovado de una alternancia de los periodos diurnos y nocturnos. Las luces de nuestra civilización se dan así a la tarea de combatir y de vencer a las tinieblas de la barbarie. “Después de la aurora de nuestra historia, la finalidad del conocimiento se expresa a través de una dialéctica de lo invisible y de lo visible, de lo oculto y de lo develado, de la opacidad y de la transparencia” (Ardoino, 1993, p. 1).

Sin embargo, aquí la definición de “transparencia” resulta importante. La idea de transparencia remite a aquello que puede ser atravesado por la mirada; más adelante, Ardoino planteará:

...es necesario entender por transparencia más que lo que puede estar abrazado por la mirada, concebido, totalmente descrito, definido o inspeccionado, según el sentido corriente, aquello que puede ser construido, efectivamente, idealmente o psíquicamente, para después ser deconstruido (descompuesto) y reconstruido idéntico, con todas sus propiedades, por el espíritu que conoce (Ardoino, 1993, p. 2).

Este proyecto, que animó la investigación científica durante varios siglos podría estar rebasado o ampliamente criticado por las nuevas perspectivas inauguradas desde las matemáticas, la física relativista y

la mecánica cuántica; sin embargo, Ardoino plantea que, efectivamente, en el corazón de la práctica científica en estos ámbitos hay una “nostalgia” de esos mitos fundantes: la inocencia y la pureza. Nostalgia, sobre todo, por aquello que Castoriadis (1978) deja bien claro, el inicio del siglo XX sería testigo del fracaso del proyecto galileano, especialmente en dos planos: imposible sostener la separación del sujeto y del objeto, e imposible sostener la ficción de un conocimiento absolutamente objetivo. La nueva “religión de los hechos” encontraría allí sus límites.

Desde finales del siglo XIX, pero sobre todo a partir de la segunda mitad del siguiente, el desarrollo de las ciencias sociales y humanas llegó a otro tipo de planteamientos. El objeto de dichas disciplinas ya no era un objeto formal-abstracto, un objeto susceptible de ser transparentado, armado, desarmado y vuelto a armar. Al contrario, los objetos de las ciencias sociales y humanas, o ciencias antropológicas en la perspectiva de Ardoino, son objetos opacos, porque tienen la característica de que sólo se presentan como objetos opacos. Imposible intentar transparentarlos, ya que pierden sus características fundamentales. No se pueden dividir ni descomponer en partes más simples ni tampoco se pueden transparentar.

Así, la perspectiva de análisis que priva en las ciencias exactas trae consigo la idea de la explicación, que en su etimología es el despliegue, es mirar lo que está envuelto o ensobretado, de acuerdo con la imagen de Dewey. Por el contrario, las ciencias antropológicas no pueden desplegar el objeto sin que éste pierda sus características fundamentales, por ello, los procedimientos hermenéuticos e interpretativos son los que corresponden. Retomando la idea de Dilthey, que planteaba la cuestión de las ciencias de la explicación y las ciencias de la comprensión, Ardoino la precisa en términos de

ciencias de la explicación y ciencias de la implicación:

Se vuelve a encontrar, entonces, la distinción, ya establecida en el siglo pasado, por la escuela hermenéutica alemana, especialmente por Dilthey, entre ciencias de la explicación y ciencias de la “comprensión”. Nosotros podríamos, también ahora, hablar de las ciencias de la implicación y de las ciencias de la explicación (sin ser de ninguna manera despreciable la función del pliegue adentro o afuera, sugerido por la etimología) (Ardoino, 1993, pp. 2-3).

Subrayo, entonces, que en esta perspectiva el análisis de las implicaciones no se justifica como corolario o como algo que se añade al proceso de investigación; en la medida en que la realidad y los objetos que se investigan son realidad y objetos opacos, plegados, implicados, el análisis de las implicaciones es necesariamente intrínseco a todo proceso de investigación en las ciencias antropológicas; entonces, la definición de dichos objetos supone la inclusión del investigador como constituyente del objeto que construye.

Probar, poner a prueba... el aparataje de observación

No se pretende aquí repetir las formas y los campos de conocimiento en los que ha aparecido la cuestión referida al análisis de las implicaciones¹³, más bien se tendrían que plantear de otra manera algunas preguntas en torno a la investigación y a la producción de conocimiento. Con Dewey, Lourau (1994) señala que la problemática de la inferencia, es decir, la relación o concatenación entre proposiciones existenciales, se corresponde con

la idea de la implicación material. De ahí se deduce (¿se infiere? o ¿se implica?) un postulado ontológico: la realidad aparece como una realidad implicada, plegada, involucionada. Dewey (1967) apunta: “La consideración esencial es que la relación es una relación estrictamente existencial: depende, en último análisis, de la estructura bruta de las cosas” (p. 360, cfr. Lourau, 1994, p. 31).

En el plano del pensamiento, Dewey llamaría “relación de implicación” a lo que previamente había desarrollado como implicaciones formales; sin embargo, implicaciones materiales y formales se imbrican.

En los procesos de producción de conocimiento, un primer momento se plantea a partir de la construcción del aparataje de observación; más, ¿cómo se construye ese aparataje?, ¿cómo se crea un dispositivo de producción de conocimiento?

La respuesta inmediata remite al método, que aparecería precisamente en el lugar de una lógica que debería regir el desarrollo de las implicaciones formales, según el pensamiento de Dewey, como la garantía de un buen desarrollo del proceso de investigación, aunque, al parecer la cuestión podría establecerse a la inversa. El método, en todo caso, puede ser uno de los momentos de un proceso de investigación. En principio habría que constatar si la situación requiere de una investigación. En ese sentido hay que recordar algunos de los planteamientos de Juan Carlos de Brasi sobre la función crítica. A diferencia del planteamiento de Dewey sobre las implicaciones materiales o la realidad involucionada, envuelta, el trabajo del pensamiento y del ámbito de las implicaciones formales se desarrolla en el universo del discurso; aunque para De Brasi la idea de discurso ha sido “excesivamente manoseada” en la actualidad:

A cualquier manifestación se le atribuye el carácter de un discurso y a partir de ahí se comienzan a indagar sus formaciones; sin embargo, no siempre los

¹³ Remito al lector a dos artículos: Manero, *El análisis de las implicaciones*, 1996, Manero, *Multirreferencialidad y conocimiento*, 1997.

acontecimientos ocurren de tal modo, la noción de discurso aparece ligada a la pregunta por la coherencia, las reglas de constitución, etc., es decir, al tomar el discurso como objeto de estudio se piensa que el lenguaje dice también un silencio, habla algo que no muestra, así es que al no ser tan claro y distinto, una tarea que revele sus núcleos de penumbra se vuelve imprescindible.

Si antes el comentario era transparente en sí mismo, porque se desenvolvía en el campo manifiesto, ahora será preciso sacarlo a la luz, hacer visible lo invisible, lo que de otra manera permanecería oculto (De Brasi, 1996, p. 102)¹⁴.

Para De Brasi, dicha función será cumplida por la crítica, que entonces se opondrá al comentario como forma prevaleciente y característica de un lenguaje específico de la época clásica, en la que se encontraba entretelado con el pensamiento y las cosas. “No se le puede pensar separado, duplicando la realidad del pensamiento y la vida. Es en sí mismo un pensamiento-cosa” (De Brasi, 1996, p. 100).

Así, el proceso de producción de conocimiento se presentaría, a partir de la naturaleza de las cosas, como una ontología en la cual el objeto es opaco, involucionado, imposible de desplegar. El pensamiento que intenta atraparlo, abducirlo¹⁵, es a su vez un pensamiento que

parte de universos de discurso que intentarían atrapar esos núcleos de penumbra que constituyen un lenguaje que parte más de la representación que de la significación; tal pensamiento debe atrapar una realidad involucionada, implicada, plegada.

Pero la realidad del pensamiento es también una realidad plegada. El discurso, como lo plantea De Brasi (1996), es y debiera ser sometido a la crítica, de manera que van desapareciendo las fronteras de dos universos aparentemente irreconciliables.

La situación de investigación¹⁶ es la que determina, desde sus propias implicaciones materiales, la construcción de un aparataje o dispositivo de investigación. Para Dewey (1967), el proceso de investigación es un proceso autocorrectivo, en el cual los diferentes elementos de la investigación son materiales a indagar. Las concepciones directrices y los marcos de referencia son cuestiones sobre las que hay que preguntarse. Dewey plantea: “El hecho de no examinar las estructuras y las formas conceptuales de referencia que están inconscientemente implicadas en las investigaciones factuales, incluso las que aparentemente son más inocentes, es la falta más grande que se pueda identificar en cualquier dominio de la investigación” (p. 611).

¹⁴ Nótese que De Brasi llega al planteamiento de las cuestiones *ocultas* de manera distinta al planteamiento de Ardoino. Para éste, lo *oculto* que la ciencia debería develar o descubrir, es algo que está allí, en la naturaleza de las cosas (la cosa-en-sí), porque así fue creada: es una ontología. En cambio, De Brasi llega al problema de lo *oculto* a partir del deslizamiento del lenguaje, que va desde la *significación* prevaleciente en los principios de la modernidad, hasta la *representación*, cuestión en la que es posible, entonces, analizar propiamente el discurso. La producción del *discurso*, al contrario del *comentario*, supone seguir un desdoblamiento, un trabajo en el que la representación no sólo expresa, sino también oculta algo, principalmente su proceso de producción; la representación jamás podría ser idéntica al objeto.

¹⁵ Al referirse a los dos modos de conocimiento en la perspectiva de Dewey, Lourau (1994) plantea: «La distinción necesaria, en el plan lógico, entre los dos modos de conocimiento (del sentido común y científico) nunca impide que la prioridad sea dada a la experiencia de cada uno –comprendida la del investigador– y que el objeto de conocimiento “aislado” por la ciencia no sea a fin de cuentas el producto de una sustracción, de una abstracción o, como diría Peirce, de una “abducción”» (p. 38).

¹⁶ Que es un concepto también de Dewey. La *situación de investigación* supone la presencia de la indeterminación y es aquello que permite la investigación. Esta *situación* no supone cualquier tipo de indeterminación: se trataría de una duda única, singular, que hace que dicha situación sea lo que es. Por ello, el método no puede ser arbitrario: debe, antes bien, estar ligado a la *duda única* inducida por la situación.

Es así que la indeterminación de la situación de investigación es también una indeterminación del objeto. La duda única, en este sentido, no podría dejar de ser contradictoria con el principio de continuidad de la investigación, clausurar dicha indeterminación. El análisis es, por ende, un análisis interminable, integrado al flujo de la experiencia.

A dicha indeterminación del objeto corresponde también una indeterminación del sujeto de la investigación. El investigador construye un aparataje de observación, genera un método de indagación y, en adelante, no se puede aislar de dicho dispositivo.

Lo que Bohr (cfr. Holton, 1981, p. 80) señalaba en su intervención de 1927 es esa rareza del dominio atómico, de la que se tomó conciencia de que la única manera por la que el observador (y su material con él) puede abstraerse, despegarse de lo que observa, es no observar nada. A partir de que dispone sus instrumentos de observación sobre el banco, el sistema que ha escogido presentar, la observación y sus propios aparatos de medida, forman un todo indisociable; y también el resultado depende fuertemente de tal dispositivo.

Sin embargo, de acuerdo con los planteamientos sobre el proceso de investigación, el aparataje de observación no únicamente es instrumental. Está constituido también por las nociones, las instituciones, el cúmulo de relaciones que operan en eso que Dewey llama las *implicaciones existenciales o materiales*. No se podría dejar de plantear que también están presentes los aspectos afectivos, emocionales e inconscientes del observador. Indeterminado es el sujeto de investigación, porque se desliza, descoloca y desterritorializa. Pretendemos fijar ese flujo de experiencia que desfigura y actualiza permanentemente el dispositivo; surgen así versiones metodológicas piadosas que prometen la posibilidad de dar

un descanso al observador-investigador, al dejarse llevar por el dulce canto de un lapsus.

La investigación se obliga, entonces, a elucidar en primer término su propio aparataje de observación. No se trata de probar sus hallazgos, sino de poner a prueba los enunciados sobre el conocimiento producido. Es la teoría la que está siendo probada en un proceso de investigación; son sus métodos y sus dispositivos, todos ellos cambiantes.

En las ciencias sociales, el aparataje de observación son siempre relaciones, relaciones de todo tipo, que se entrecruzan, se superponen, se bifurcan y en ocasiones desaparecen; son de tipo rizomático. Si fuese posible organizar en algunos dominios dichas relaciones, podrían plantearse de la siguiente manera:

Las condiciones concretas de la investigación están constituidas entonces por relaciones sociales: relación al objeto, relación a la institución. Y también relación al mandato social, institucional, privado o público, oficial o implícito. Este mandato nunca debe confundirse con las demandas sociales diversas, contradictorias, deformadas, reprimidas por las relaciones de fuerza, y que frecuentemente solo emergen gracias al establecimiento de una nueva relación de fuerzas (Lourau, 1985, pp. 202-203).

En el planteamiento socioanalítico dichas relaciones podrían estar permanentemente analizadas (resignificadas y recreadas) por los analizadores del mismo proceso. Analizadores salvajes, espontáneos, pero también sujetos a su negación, denegación o resignificación por el analista. En ocasiones, el analista mismo puede ser el analizador del propio proceso de investigación: el hartazgo, la desviación literaria, la *poiesis* que en ocasiones asoma en la continuidad y linealidad de la escritura. Pero también, en dicho planteamiento

está la posibilidad de colectivizar y generalizar el análisis, lo que supone necesariamente un desplazamiento del observador; el investigador se puede constituir como un sujeto colectivo, lo que no garantiza necesariamente la colectivización del análisis¹⁷.

Interpretación, devolución y proyecto

El análisis de las implicaciones, visto de la manera que se ha expuesto, supone algunas consideraciones de fondo. En principio, ¿qué hacemos con dicho análisis? Si efectivamente el análisis se produce a través de los analizadores del quehacer científico, ¿cómo se resuelve la contradicción entre analizador y analista en ese proceso?

Una cuestión que no es posible desarrollar aquí con el detalle necesario es el marco de referencia desde el cual es posible significar la emergencia de los analizadores de la actividad científica, o propiamente de la investigación científica. En ese sentido, se ofrecen algunos aspectos generales que destacan en el marco de aquello que no se integra en las consideraciones, tanto de la historia de la ciencia como en buena parte de las sociologías del conocimiento; es decir, a las formas reificadas del conocimiento que dan lugar a los procesos de especialización en las prácticas de producción científica, que deben ser permanentemente reinterrogadas desde una perspectiva filosófica¹⁸.

Georg Lukács sostiene que la especialización del conocimiento, y con él la multiplicación de las disciplinas científicas, son resultado de la reificación de las relaciones en el capitalismo. Lukács describe ese fenómeno citando a Marx:

El misterio de la forma mercancía consiste, pues, simplemente, en que presenta a los hombres los caracteres sociales de su propio trabajo como caracteres objetivos de los productos mismos del trabajo y, por lo tanto, también la relación social de los productores al trabajo total como una relación social entre objetos que existiera al margen de ellos. Por obra de este *quid pro quo* los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas suprasensibles o sociales [...] Es pura y simplemente la determinada relación social entre los hombres mismos la que asume entonces para ellos la forma fantasmagórica de una relación entre cosas (Marx, *El Capital*, I, pp. 38-39, cfr. Lukács, 1985, p. 11).

En la hipótesis de Lukács, la fragmentación del conocimiento en una infinidad de especialidades científicas es el resultado de la fragmentación del proceso productivo, del hombre en dicho proceso y de la práctica en la producción capitalista. Se corresponde también con una fragmentación del conocimiento, en la cual domina la posibilidad de contabilizar, de cuantificar como forma de controlar los procesos frente a los elementos cualitativos, que serían francamente ignorados en la medida en que la producción tiene que abstraerse de los valores cualitativos, especialmente el valor de uso. De esta manera, la especialización del conocimiento y su estallamiento en una infinidad de disciplinas científicas sería un efecto del estallamiento del proceso productivo en una infinidad de acciones parciales que producen saberes fijos y también parciales.

Las separaciones entre racionalidad-irracionalidad, sujeto-objeto, teoría-práctica, son resultado de la reificación de las relaciones y su correlato en la autonomización de los procesos de la institución científica. En el pensamiento de Lukács, el método dialéctico sería

¹⁷ Un ejemplo interesante de esta situación es el planteamiento de Fernández, López, Ojam y Cabrera (2014).

¹⁸ Es el planteamiento de Castoriadis respecto de la ciencia moderna (cfr. Castoriadis, 1978).

el único capaz de recuperar la totalidad de la práctica; la idea de una praxis integradora de las diferentes oposiciones congeladas en la clausura de la lógica capitalista, reificada, del conocimiento, es decir, eso que Castoriadis denomina el “pensamiento ensídico” (conjuntista-identitario). (Castoriadis, 1975).

La integración que se desprende de este análisis no sería más la integración de las ciencias propuesta por el proyecto galileano, sino la posibilidad de recuperar, en el corazón mismo de los procesos de conocimiento, los intentos de síntesis sucesivas de las oposiciones resultantes de la fragmentación del proceso de creación de conocimientos. Si la interdisciplina corresponde a las referencias míticas en relación con la pureza y la unificación del conocimiento, la posibilidad de síntesis multirreferenciales permitirían la conservación del conocimiento disciplinario, pero en una tensión permanente hacia la integración no solamente de disciplinas limítrofes, sino también de las prácticas de investigación. El proceso de investigación, para establecer una tensión con un conocimiento reificado, debe intentar recuperar para sí aquellos elementos que se encuentran fragmentados, separados en lo que parecería ser una cosa en sí: trabajo-descanso, trabajo manual-trabajo intelectual, espacio privado y espacio de trabajo, elementos que se entrecruzan e interfieren permanentemente en el proceso de creación del conocimiento.

No se hablará entonces de una cuestión de método. No hay método *a priori* para hacer que Colón descubra o no las Indias o Japón, es más bien una teoría del conocimiento tomada en el conocimiento (y la pérdida de conocimiento) de sus contradicciones. Proponer un discurso más positivo significaría añadir una plusvalía reflexiva al acto de investigación, sin cambiar nuestros dispositivos instituidos, nuestras prácticas incluso protegidas por los comités de ética (Lourau, 1994).

Dewey y Lukács oponen a la fragmentación del acto de investigación un elemento de totalidad que debe ser alcanzado. El primero lo hace a través de la lógica de los procesos de investigación continuos, autocorregidos; el segundo mediante el método dialéctico. Ardoino, por el contrario, advierte sobre la mistificación de los procesos de unificación de las ciencias, sobre la atracción que tienen los mitos fundantes de la ciencia, como el de la pureza y del estado de inocencia. Hay un intento de reintegrar en el conocimiento un proceso que quedó desintegrado en las lógicas de la institución científica. Por eso, el análisis de las implicaciones solo puede ser, al mismo tiempo, un análisis de la institución científica; sin embargo, las inercias de los procesos analíticos tienen que ser perturbadas.

Los dispositivos instituidos de la investigación suponen formas de comunicación establecidas muy rígidas y fuertemente codificadas. Los resultados de la investigación se comunican sobre todo a otros investigadores por medio de revistas y libros especializados. La comunicación con los sujetos de la investigación y con todos aquellos a quienes incumbe tal o cual investigación, se efectúa a través de la interpretación o la devolución; en ambos casos queda resguardada la legitimidad del análisis sabio y especializado del analista.

¿Es posible pensar otro dispositivo para la comunicación y para la construcción del proceso de investigación? ¿Es posible una colectivización –en el sentido de la recuperación del trabajador colectivo– en el contexto de la producción científica?

Al contrario de las perspectivas basadas en una integración del proceso científico en una totalidad concreta y por venir, Lourau propone concebir al acto de investigación a la manera de un lapsus, como una intencionalidad que se superpone a otra: hicimos otra cosa en relación

a lo que queríamos hacer. Apunta Lourau (1974):

Sin pretender voltearlas como un guante, se pueden mover las archi-evidencias retóricas del texto institucional, de manera que puedan ser formuladas en el cuerpo del texto las condiciones reales de nuestro trabajo. Nuevos investigadores validarán o invalidarán este programa. Aun trabajando en un campo relativamente especializado del saber, tendrán que imaginar su investigación bajo el ángulo del pragmatismo: análisis *in situ* de todas las consecuencias lógicas o éticamente previsibles de sus ideas. Las opciones lógicas y éticas –y también metafísicas, como en antropología y en biología (postulado de la unidad de la especie humana)– serán de su responsabilidad. El comité de ética se confundirá con el trabajador colecti-

vo ampliamente abierto al público, en el sentido en el que, en un artículo de referencia para el análisis institucional, el psiquiatra Lucien Bonnafé decía que la locura no es únicamente un asunto de cuidadores y de pacientes o de la administración, sino un asunto de todas las personas a quienes incumbe la locura. Solo este vaivén entre el adentro y el afuera de la ciencia, entre la autorreflexividad y la mirada del otro –“comunidad de espíritus” que desborda ampliamente la ciudad científica– puede ayudar a localizar los actos fallidos, a detectar el fracaso en el corazón de las profecías más exaltantes. Puesto que, volvamos a decirlo, después de Lupasco y Bachelard, el acto de conocimiento “no es un acto pleno” y, para no quedar “irreal”, tiene que conocer también su falta (p. 234).

REFERENCIAS

- Ardoino, J. (1993). El análisis multirreferencial. *Revista de la Educación Superior*, 22(87), 1-5.
- Castoriadis, C. (1975). *L'institution imaginaire de la société*. Paris: Seuil.
- Castoriadis, C. (1978). *Les carrefours du labyrinthe* (1er éd.). Paris: Éd. du Seuil.
- Dällenbach, L. (1991). *Los blasones de André Gide. El relato especular* (trad. R. Buenaventura). México: Visor.
- De Brasi, J.C. (1996). *La monarquía causal*. Montevideo: Multiplicidades.
- Devereux, G. (1983). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento* (2a ed.). México: Siglo XXI Editores.
- Dewey, J. (1967). *Logique: la théorie de l'enquête*. Paris: PUF.
- Fernández, A.M., López B., M., Ojam, S. y Cabrera C., E. (2014). La indagación de las implicaciones: un aporte metodológico en el campo de problemas de la subjetividad. *Sujeto, Subjetividad y Cultura*, 7, 5-20.
- Gide, A. (1951). *Journal 1889-1939*. París: Bibliotheque de la Pleiade.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hess, R. (1979). El analizador en la institución. En G. Lapassade (Comp.): *El analizador y el analista*. Barcelona: Gedisa.
- Holton, G. (1981). *L'imagination scientifique*. Paris: Gallimard.

- Lapassade, G. (1979). *El analizador y el analista*. Barcelona: Gedisa.
- López R., G. (2014). La antropología militarizada, de nueva cuenta. *La Jornada*, viernes 28 de febrero.
- Lourau, R. (1985). *L'imagination socianalytique*. Paris: Inédit.
- Lourau, R. (1989). *El diario de investigación. Materiales para una teoría de la implicación*. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara.
- Lourau, R. (1994). *Actes manqués de la recherche*. Paris: PUF.
- Lukács, G. (1985). *Historia y conciencia de clase* (v. II). Barcelona: Ediciones Orbis.
- Manero, R. (1992). *La novela institucional del socioanálisis. Ensayo sobre la institucionalización*. México: Colofón.
- Manero, R. (1996). El análisis de las implicaciones. En *Memorias del Tercer Foro Departamental de Educación y Comunicación 1995: Psicología* (pp. 248-268). México: DEC-UAMX.
- Manero, R. (1997). Multirreferencialidad y conocimiento. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, 12, 101-120.
- Manero, R. (2015). El analizador y el sentido del análisis. Génesis teórica del concepto (p. e. Asociación para el estudio de temas grupales. *Revista Área 3. Cuadernos de Temas Grupales e Institucionales*, 19, 1-18.
- Manero, R. (2018). El concepto de analizador en el socioanálisis. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, 113-140.
- Osorio, F. (2007). Introducción. Desde dónde se escriben las ciencias sociales al comienzo del siglo XXI. En F. Osorio: *Epistemología de las ciencias sociales. Breve manual* (pp. 7-12). Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Popper, K. (1981). *La quête inachevée*. Paris: Calmann-Lévy.
- Redacción de Tierra Adentro y Merlin, A. (2016). La Mise-en-abyme. *Tierra Adentro*. Recuperado de <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/la-mise-en-abyme/>.